

Poemas a Lesbia
Taeter morbus



Catulo

Selección, traducción y prólogo de Aurora Luque



Cayo Valerio Catulo nació en Verona en el año 84 a. de C. y murió en Roma en el 54 a. de C. Docto, lascivo, tierno, ingenioso, elegante, elocuente, encantador: así pintaron al poeta sus colegas romanos Marcial, Ovidio, Tibulo, Propertio y Juvenal. El humor, en el amplio espectro que va desde la gracia y el toque picante hasta el escarnio y sus gotas amargas pasando por el ingenio más ácido, salpica toda la obra catuliana, incluyendo sus cantos de amor a Lesbia. Poeta de grandes fervores, de los treinta años de su vida, cinco al menos estuvieron penetrados, invadidos por una pasión amorosa poderosísima que nutrió su escritura de tal manera, que a más de veintiún siglos de distancia nuestro Catulo encabeza la poesía del más hondo aliento de amor.

Catulo no pone puertas entre los campos privados y los públicos pero la voz que habla en los poemas sí lucha por separar al poeta del ciudadano. La deslumbrante arquitectura del *liber* catuliano lo ha vuelto intocable. Frente al carácter arruinado de buena parte de la lírica griega y latina, la solidez de la herencia de Catulo lo ha convertido en monumento sin fisuras.

Amata nobis: el cancionero de lesbia

¿Oíste lo que dijo Cicerón cuando leyó por primera vez los poemas de amor? ¿No? Pues dijo: «Este Catulo es el único hombre en Roma que toma la pasión en serio; probablemente será el último»

Los idus de marzo, Thornton Wilder

Docto, lascivo, tierno, ingenioso, elegante, elocuente, encantador: así pintaron al poeta Catulo sus colegas romanos Marcial, Ovidio, Tibulo, Propertio y Juvenal. Vivió treinta años de ese siglo, el último de la era no cristiana, en que brillaron tantos *candidi soles* para la poesía latina. San Jerónimo, en su *Crónica*, anota que Catulo, *scriptor lyricus*, nació en Verona en el año 87 y murió en Roma en el 57. Pero las fechas deben retrasarse tres años (84-54) dado que Catulo cita hechos posteriores al 57 en sus poemas. Verona es la clara patria del poeta. Cerca de esta ciudad, el veronense poseía la villa de Sirmio, junto al lago de Garda. Giosuè Carducci evoca en unos versos de sus *Odas bárbaras* sus paseos por el lugar:

Catulo se pasaba aquí días enteros
con su barca bitínica

amarrada a las rocas límpidas, y veía en el agua,

fosforescente y trémula,

las pupilas de Lesbia, y la pérfida risa de Lesbia,
sus ardores multivagos,

mientras ella en oscuros callejones la medula agota
de los nietos de Rómulo.

Catulo poseyó otra villa en Tíbur o Tívoli, lugar de veraneo de las afueras de Roma. Él mismo la evoca con humor en el poema 44: a ella corre a refugiarse para curarse del catarro que le ha producido la lectura de un mal libro. Ya adivinamos el ocio del ciudadano pudiente que reparte sus días entre Roma y sus villas (ocio que el poeta percibirá en sí mismo como destructivo) y ya también hallamos aquí dos motivos que van a recorrer el corpus catuliano: el humor y la conciencia poética.

El humor, en el amplio espectro que va desde la gracia y el toque picante hasta el escarnio y sus gotas amargas pasando por el ingenio más ácido, salpica la selva toda de los versos de Catulo. Sus amigos y enemigos son a menudo también poetas. Entre los primeros, los nombres de Cornificio, Calvo, Cecilio o Cinna, los *poetae novi* de los que habla Cicerón, con los que comparte un ideario poético que remonta a Calimaco y, más atrás, a Safo y Arquíloco. Todos ellos son partidarios fervorosos de la obra breve, refinada, sutil, elegante, erudita. Catulo ridiculiza con certeras pedradas las obras pretenciosas y espesas de – por ejemplo– un Volusio (poema 10 en nuestra traducción). De sus dardos no se libran los rivales políticos (César, que había sido amigo de su familia y huésped en Verona, es un blanco atizado sin piedad). La sátira política es a menudo sátira sexual: la poesía de Catulo no pone puertas entre los campos privados y los públicos. Pero la voz que habla en los poemas sí lucha por separar al poeta del ciudadano: el poeta es libre, suya es toda licencia poética;

puede y hasta debe ser licencioso. Como personaje civil, Catulo dice querer adaptarse a la ética de la urbe.

Catulo es un poeta de grandes fervores. De los treinta años de su vida, cinco al menos estuvieron penetrados, invadidos por una pasión amorosa poderosísima, si no excluyente. Catulo se enamoró de una mujer casada, Clodia, esposa del cónsul Quinto Metelo Céler. Nunca aparece con su nombre real en los textos de Catulo, pero gracias al testimonio de Apuleyo se da por seguro que el sobrenombre de Lesbia la encubre. Cicerón pintó a Clodia con odiosas tintas. Por cierto, tampoco su marido escapa de la bilis ciceroniana. El cónsul *era non homo sed litus atque aer et solitudo mera*: un puro erial. Ahora sabemos que el odio denigrante del orador era de la misma estirpe que el de Catulo: los motivos personales no le permitieron ser objetivo. En los versos catulianos, Lesbia pasa de ser una diosa deslumbrante a una prostituta degradada y rastrera. Es probable que no fuera ni lo uno ni lo otro: la intensidad del deseo y del despecho gobiernan las palabras del poeta. Por ello no se debe confundir el *liber* catuliano con un diario amoroso, ni en la parte que toca a Clodia/Lesbia ni en lo que toca a sus restantes amantes más o menos ocasionales: Ipsitila, Juvencio, etcétera.

La historia de los amores de Lesbia y Catulo no se puede ordenar cronológicamente. Ahora bien, eso no quiere decir que no constituya un *corpus lesbianum* dentro del más extenso *corpus catullianum*. Algo más de treinta poemas de los 116 del libro de Catulo hacen referencia más o menos extensa o directa a Lesbia. En ellos se funden y confunden todos los ingredientes de la pasión: la plenitud, la alegría despreocupada, la carnalidad de los abrazos, los miles de besos, los elogios a la belleza, el dolor ante el vislumbre de la pérdida (la sospecha de infidelidad, los celos terribles, los trastornos del abandono), el odio en su mezcla feroz con el deseo, la depresión, la conciencia de enfermedad psíquica, el deseo de herir, el es-

carnio de la amante ya convertida en rival, la resignación, la despedida del amante exhausto y derrotado, la proximidad de la muerte.

Todos los amantes de Catulo (me refiero ahora a los lectores que lo han amado y amamos intensamente) lo hemos leído en algún tramo de nuestra vida entresacando los amores y desamores de Lesbia: hemos espigado aquí y allá los momentos del eros catuliano en sus pozos de desolación o en sus momentos soleados. No ha sido fácil cosa decidirse a traducir y a dar a la imprenta una versión de los *Poemas a Lesbia*. Corríamos el riesgo de que se nos acusara de mutilar la complejidad del mundo del veronense. Por otro lado, la deslumbrante arquitectura del *liber* catuliano lo ha vuelto intocable. Frente al carácter arruinado de buena parte de la lírica griega y latina, la solidez de la herencia de Catulo lo ha convertido en monumento sin fisuras. Los poemas se nos han transmitido ordenados en tres bloques que siguen criterios métricos: poemas polimétricos, poemas largos y doctos, poemas epigramáticos en dísticos. Se da la paradoja de que a esa clara arquitectura corresponde un entrelazamiento selvático de los temas. Amor y amistad, política y sexo, mitología y crítica literaria: la pasión por Lesbia también lo impregna todo. En los poemas largos y doctos los eruditos vieron largo tiempo meros ejercicios de competencia, de exhibición de músculo poético. Pero basta con leer el lamento de Ariadna contenido en el largo epilio 64 para sentir cómo Catulo, abandonado por Lesbia, se esconde bajo la piel de Ariadna abandonada por Teseo: los reproches, el dolor, la furia, la sensación de devoradora soledad. Catulo no se limita aquí a medirse con Calimaco: está inventando, con el modelo de Safo y Arquíloco, la poesía de la experiencia en complejísimas y sofisticadas aleaciones. Lo explica magistralmente Aníbal Núñez en el prólogo a sus versiones:

Su lenguaje solía tener sentimientos y destinatarios inmediatos, además de una capacidad de convertir enjoya un material caliente. Aún humean sus poemas, pues supo hacer perenne la efusión volcánica.

Catulo encuentra en Safo el mejor magisterio: formas límpidas, franqueza expresiva, energía erótica. La poesía de Safo, como la de Catulo, es pura médula. Recorre los versos de ambos un eros imperioso y sutil a la vez, perturbador y capaz del más profundo autoanálisis, vehemente y dueño del lenguaje. El «cancionero de Lesbía» se abre y cierra con poemas escritos en estrofas sáficas. La imagen de la flor tronchada del desesperado canto último catuliano recoge el eco del jacinto pisoteado por el pastor en Safo. En el poema 29 (8) resuenan las búsquedas cruzadas de las amantes en el himno a Afrodita sáfico. Toda la tradición lírica de la isla de Lesbos la volcó Catulo en el sobrenombre de su amada.

En el poema a la muerte del pájaro de su amada, reprochaba el poeta a las tinieblas del Orco su hambre de destrucción de todo lo bello: *Omnia bella deuoratis*. No es cierto: la tiniebla infernal, la oscuridad de la muerte no lo devasta todo. Resiste, precisamente, la belleza incorrupta de versos fervientes como los de Catulo.

Seguimos, en nuestra traducción, la versión de R.A.B. Mynors, *C. Valerii Catulli Carmina*, Oxford, 1958, excepto en el verso 11 del poema 32 (11), en que preferimos *horribilesque* de Bardon y Della Corte al *horribile aequor* del editor oxoniense; el ya irremediable y sáfico *uocis in ore* del poema 1 (51); el verso 2 de 8 (87), en que optamos por *es* en lugar de *est*, una más cercana segunda persona; y 19 (107), en que incluimos la conjetura de Lachmann *hac res optandas*.

En cuanto al espíritu que anima la tarea traductora, suscribo las palabras de Andrés Neuman en su novela *El viajero del siglo*. Estoy convencida de que Catulo –traductor

de Safo y de Calimaco– y Clodia –su cómplice– las habrían aplaudido:

Así, sin proponérselo, fueron alcanzando un idioma común, reescribiendo lo que leían, traduciéndose mutuamente. Cuanto más trabajaban juntos más se daban cuenta de lo parecidos que eran el amor y la traducción, entender a una persona y trasladar un texto, volver a decir un poema en una lengua distinta y ponerle palabras a lo que sentía el otro. Ambas misiones se presentaban tan felices como incompletas: siempre quedaban dudas, palabras por cambiar, matices incomprendidos.

Aurora Luque, Cádiar, verano de 2010

Poemas a Lesbia

La pasión, el ocio

Un igual a los dioses me parece
o más que un dios –si eso se pudiera–
aquel que frente a ti se sienta y nunca
deja de contemplarte y de escuchar

tu risa dulce. Y esto a mí –desgraciado–
me arranca los sentidos. Pues tan pronto te veo.
Lesbia, nada de voz me sube
hasta la boca,

la lengua se entorpece, un fino fuego
va manando por dentro de mis miembros,
me zumban desde dentro los oídos
y mis ojos los vela doble noche.

El ocio te es, Catulo, pernicioso.
Con el ocio te excitas y desbordas.
El ocio antes a reyes y ciudades
felices los perdió.

El pájaro de mi amada

Pajarito, alegría de mi chica,
el juguete que acuna entre su pecho,
al que le da su dedo si lo pide
y lo incita a morder
la yema a picotazos, cuando a ella,
espléndida a la luz de mi deseo,
le agrada practicar no sé qué juego
consolador de su melancolía
para aplacar, supongo, su hondo ardor.
¡Si pudiera contigo
juguetear como ella
y aliviar los tan tristes
agobios de mi alma!

Llanto por el pájaro

Llorad, Venus, Cupidos, chicos, chicas
sensibles a lo guapo.
El pájaro se ha muerto de mi amada,
el pájaro que era su mascota,
hasta más lo quería que a sus ojos.
Muy cariñoso era, y la reconocía
como hija a su madre. Del regazo
no se le despegaba: saltando aquí y allá,
solamente a su dueña le piaba sin pausa.
Ya va por el sendero de tiniebla,
ése del que nos niegan el regreso.
Malditísimas sombras remalditas
del Orco que lo bello devoráis:
qué pájaro tan lindo me quitasteis.
Qué contratiempo. Pobrecito pájaro.
Y ahora, por tu culpa, los ojitos
de mi chica,
hinchados de llorar,
se le enrojecen.

De los miles de besos

Amemos y vivamos, Lesbia mía:
cotilleos de viejos estirados
no nos importen mucho más que un céntimo.
Los soles pueden irse y regresar,
pero cuando se va nuestra luz breve
habrá una sola noche perpetua por dormir.
Dame mil besos, dame luego cien,
luego mil otros, luego otra centena,
justo luego otros mil y luego cien.
Cuando hayamos sumado muchos miles,
romperemos la cuenta y no querremos
ni saberla nosotros:
no podrá maldecirla el envidioso
si no sabe la suma
de tantísimos besos.

La cuenta de los besos

Me preguntas con cuántos besos tuyos,
Lesbia,
me saciaría y me satisfaría:
con tantos como granos de arena se amontonan
en la libia Cirene que nos da sus perfumes
entre el flameante oráculo de Júpiter
y el sagrado sepulcro del muy antiguo Bato.
O tantos como estrellas que observan, cuando calla
la noche, los furtivos amores de los hombres.
Con tanto beso habrías de besar
a tu loco Catulo: satisfecho y saciado quedaría
si los cotillas no pueden sumarlos
ni envenenarlos con su lengua sucia.

Ni una pizca de sal

Muchos tienen a Quintia por hermosa.
Para mí es alta, blanca y espigada:
de una en una estas prendas sí que admito,
pero no que sea bella en su conjunto.
En cuerpo tan soberbio ni una gracia,
ni una pizca de sal.
Lesbia es hermosa
porque siendo bellísima al completo,
sustrajo los encantos a todas las demás.